



## PRÓLOGO

*Milán, 2018*

Los vuelos largos siempre me dejan las piernas doloridas. Por muchos viajes que haga, es una sensación que nunca consigo superar y, por desgracia, los trayectos de larga distancia son una de las desventajas de ser quien soy, Olivia Roy, la directora de una importante empresa de moda italiana. Visto desde fuera, a muchos les parecerá que mi cargo está lleno de ventajas. Es cierto, las tiene, pero también es cierto que tiene inconvenientes; por citar algunos: no tener un horario laboral fijo; estar a todas horas pendiente del móvil, incluso los fines de semana; numerosos viajes, algunos de doce horas de vuelo en los que muchas veces me da la sensación de no saber si voy o vengo. Lo que más lamento es que apenas tengo tiempo para estar con mi familia y amistades.

Al fin he desembarcado y me dirijo, una vez pasado el control de pasaportes, a recoger mi equipaje. Espero que Juan, el chófer de la empresa, me esté esperando, porque estoy muy cansada y tengo ganas de llegar a casa.

Juan se apresura a coger el carrito de mis maletas. Su saludo siempre es cálido y educado. Hace años que le conozco. Es un hombre de una discreción extrema y le tengo sincero afecto.

Mientras hacemos el recorrido hacia mi domicilio voy pensando en lo que he de hacer en cuanto llegue.

Una vez en casa me doy una ducha rápida y luego me permito un breve descanso de media hora, ya que he de ir a ver a mi madre. Mamá está acostumbrada a que la visite a diario y no quiero fallarle más días. Siempre está acompañada por Marcela y Teresa, sus cuidadoras, de las que podríamos llamar «de toda la vida», ya que siempre nos han ayudado en casa y las conoce desde hace más de veinte años, o eso pienso... La lavan, visten y miman. Pero yo soy su hija, la única que le queda.

Salgo rápido de casa. He dejado todo sin ordenar. Las maletas abiertas sobre el sofá, como ostras sin perla; toallas, todavía húmedas, hechas un nudo en un rincón del cuarto de baño; ropa por el suelo. Parecía que hubieran entrado a registrar mi casa en busca de un tesoro.

Marcelo, siempre de un impoluto uniforme gris, me saluda al verme abandonar el edificio, situado en la zona alta de Milán. Por el rabillo del ojo, percibo que toma la correspondencia atrasada de estos días con la intención de dármela, pero le detengo con un ademán, aplazando la entrega del correo para otro momento. Le comento que voy a ver a mi madre. Él entiende y, con la sonrisa de siempre, vuelve a guardarla en su casillero, como quien introduce documentos de importancia en la caja fuerte.

Me dirijo hacia la residencia Casa Augusta, cercana a mi domicilio, en donde vive mi madre desde hace tres años. El camino a pie transcurre por una calle de suave cuesta, poco transitada. Aunque no es muy larga, hoy se me antoja más fatigosa que otros días. Recuerdo que en primavera florecen arbustos de jazmines que me escoltan, como guardias de honor, con su delicado aro-

ma. Pero en octubre sólo me queda su grato recuerdo que me reconforta, incluso me evade de los problemas que me atosigan a diario.

Mamá había desarrollado Alzheimer y demencia vascular, además de invalidez total. Sus necesidades eran superiores a los cuidados que yo le podía proporcionar en casa, a pesar de la ayuda, siempre inestimable, de Teresa y Marcela, y por ello, la determinación de ingresarla en una institución que le diera los cuidados constantes que ella requería. Me costó un mundo adoptar tamaña decisión, si bien tanto sus médicos, como mis hijas, me apoyaron en todo momento. Los que nacimos en tiempos de posguerra hemos tenido una educación, dentro de sus luces y sus sombras, en la que la familia era el centro de nuestras vidas. Era impensable abandonar a nuestros abuelos y padres en una institución. Afortunadamente, hoy en día existen instituciones, por desgracia más privadas que públicas, que atienden, cuidan y miman a nuestros mayores, siendo imprescindible una constante atención por parte de la familia porque no siempre reciben las atenciones que precisan y pagas.

Recuerdo que la primera señal de alarma ocurrió cuando una tarde, en la que estábamos viendo una película en televisión, yo le comenté algo sobre una escena y ella me dijo:

—Ten cuidado, nena, no hables muy alto, aquí detrás hay unos señores que se están enterando de lo que decimos.

Automáticamente, y aún a sabiendas de que no había nadie, giré mi rostro. Efectivamente, no había nadie.

Casa Augusta es una torre de tres plantas situada al final de una calle tranquila. Se respira paz y sosiego. Huele a hierba recién cortada.

Atravieso el jardín. Olivos, palmeras, cerezos y flores de diferentes colores adornan el camino de entrada al recinto.

Empujo la puerta de cristal de la residencia. Me parece hermosa, luminosa, amplia, limpia. Huele ligeramente a lejía, pero no me molesta. Prefiero el olor a lejía que encubrir la suciedad con productos ambientadores.

Dos empleadas uniformadas y con cabello recogido van pasando la mopa, aunque olvidando los rincones. Una de ellas tararea un bolero: «*Y qué hiciste del amor que me juraste...*».

Me acerco a la recepción. Hoy está Telma al frente. Es seca y adusta. Tiene un rictus nada agradable. Me parece que no le gusta el trabajo que hace. No entiendo por qué la tienen ahí, con la cantidad de gente en el paro que desearía su puesto.

La saludo con una sonrisa y pregunto por mi madre. Me dice que espere un momento porque tiene mucho trabajo y no puede estar a todo. Espero. Mientras, voy tratando de divisar a mi madre desde donde estoy. Casi todos los salones están acristalados, pero no la veo. Finalmente, Telma me dice que mi madre saldrá del gimnasio en unos minutos.

Mato el tiempo deambulando por las diversas estancias que encuentro a mi paso. Una luminosa y bulliciosa sala de estar es el centro de la residencia. Sillones de color azul marino, mesitas rinconeras y algunos ramos de flores secas, en sintonía otoñal, engalanan la estancia principal.

Gente mayor y muy mayor trata de entretenerse departiendo con alguna visita, haciendo ganchillo o leyendo la prensa. Son hombres y mujeres en la última etapa de sus vidas. Algunos esperan, con ilusión infantil, la visita de sus hijos y nietos. Otros esperan la visita de la muerte, lo único que puede poner fin a la terrible y auténtica soledad en la que están atrapados, varados al capricho de Dios.

Tras los cristales me saluda una mujer centenaria y prácticamente ciega. No sabe a quién saluda y pasa así todo el tiempo, saludando al vacío, pero le devuelvo ese gesto igualmente. Soy incapaz de dejar que la mariposa de su saludo se pierda en el aire, así que lo recojo y se lo devuelvo, aunque ella nunca lo sepa.

Otras salas, más pequeñas, recoletas, con todo tipo de libros (de aventuras, románticas, *thrillers*, tratados filosóficos) permiten la independencia y la soledad, o conversaciones privadas. Más salas de diversos tamaños, para cine, conferencias y juegos, conforman el total de la planta baja. En el segundo y tercer piso se encuentran las habitaciones.

Por uno de los ventanales diviso el jardín. Es mi lugar preferido, es precioso. Está muy bien cuidado. Sauces, tilos, acacias y rosas trepadoras de múltiples colores desprenden su último aroma. El césped recién cortado me atrae por su olor.

El paseo por el jardín me resulta reconfortante. Veo un gatito negro escondido entre el follaje del parterre y me mira entre curioso y asustado, a punto de huir. Le asusta el ser humano. «Quizá con razón», me digo.

Un «¡*Recoi!*!» desvía mi atención del pequeño gato, haciendo que vuelva la mirada hacia el lugar de donde proviene la palabrota. Aquella voz y aquella palabra me resultan familiares. A mi mente acude al instante la imagen de Ray Mancini que, cuando estaba en contra de alguien, soltaba el exabrupto que aprendió de un amigo catalán.

Un hombre cercano a la ancianidad se está peleando con las hojas de un periódico que, movido por el viento indómito de aquella tarde, no le permite leer con tranquilidad.

Me acerco unos pasos más y, de pronto, se me hiela la sangre. No puedo creer lo que veo.

«No puede ser... no puede ser... ¡Es Ray! ¡Es Ray Mancini! ¿Qué hace aquí?», me pregunto impresionada y con el corazón en un puño por lo que acabo de descubrir. Voy hacia él.

En ese instante oigo a mi espalda la voz de una cuidadora de la residencia que frena en seco mi recorrido hacia Ray.

—Sra. Roy, su madre acaba de salir del gimnasio —me dice—. Ya pueden pasar al comedor cuando gusten, pues su cena está dispuesta.

Hubiera querido olvidarme de mi madre, de la cena, de todo e ir corriendo hacia Ray y abrazarlo, pero vuelvo sobre mis pasos y prefiero no hacerla esperar. Lo último que deseo es oír sus gritos. Me cuesta un mundo no ir hacia él.

«¿Qué estará haciendo aquí Ray?», continúo preguntándome mientras me dirijo al gimnasio. «Seguramente vendrá a ver a alguien que esté ingresado aquí, quizá a algún familiar... Seguramente, porque nunca hemos coincidido».

Invadida por la euforia y con el corazón sobresaltado, recojo a mi madre, le doy dos besos, la saludo mecánicamente y entramos al comedor para darle la cena. Desde allí, tras los cristales, puedo divisar el rostro de Ray enfadado, peleándose aún con el periódico. Una hoja vuela hacia el césped y asciende en espiral, parece que no le importe porque continúa leyendo impertérrito, quizá pensando que alguien la recogerá. Desde donde estoy sentada puedo fijarme algo más en él, pero sólo puedo ver su rostro y sus brazos sosteniendo el periódico. Está bastante envejecido. Se ha dejado barba, es blanca y parece bastante desaliñada.

Mientras le doy la cena a mamá trato de apaciguar mi revolucionado corazón que late alborozado. Mis pensamientos vuelven hacia él: «¡Ray está aquí», me vuelvo a decir sin parar. Sólo deseo que mi madre engulla la cena en un minuto, pero tengo que ir sosegando mi emoción, calmarme y seguir el ritmo que mamá

necesita, con lentitud: primero sus medicinas, después su puré de verduras, su pescado hervido y fijarme en que no haya ninguna espina camuflada, y finalmente, su pieza de fruta. Paciencia, Olivia, paciencia.

# PRIMERA PARTE





## CAPÍTULO 1

### LOS RIZZO – ROY

*Milán, 1984*

El trajín de la casa aquel jueves de febrero a las siete de la mañana era intenso. Olivia Roy ya había organizado el desayuno para la familia. Sofía y Cristina, sus hijas de ocho y cinco años, peinadas y uniformadas para el colegio, estaban sentadas en la mesa del comedor disputándose los cereales hasta que estos, cual confeti, volaron hasta estrellarse sobre la mesa. El desayuno de su marido, Domenico Rizzo, estaba preparado: huevo pasado por agua, con cuatro minutos exactos de cocción; té negro; tostadas; mantequilla y mermeladas de naranja amarga y frambuesa. Olivia se preguntó si el desayuno de su marido sobreviviría intacto.

Olivia había desayunado a primera hora, había puesto la primera lavadora del día y estaba preparada para llevar a las niñas al colegio en su coche; después haría la compra y a su vuelta tendería la ropa, dejando la plancha para la tarde, en la que tendría también que lidiar con los deberes de las pequeñas, además de preparar las cenas de la noche. Aquel día tenía una visita de trabajo muy importante, debía visitar al dueño de la editorial Mondadori con el objetivo de venderle un seguro de vida.

Ocuparse de la familia era su trabajo prioritario, si bien trataba

de aportar algún dinero extra a la casa, desde luego bajo comisión, en la venta de este tipo de seguros. La economía doméstica no andaba boyante y todos los esfuerzos eran necesarios para sostener el nivel de vida que, sin ser alto, les permitía educar a sus hijas en un buen colegio y permitirse pequeños extras.

Domenico apareció en el comedor vistiendo un elegante traje de fina lana gris. Dio los buenos días y un rápido beso en la mejilla a sus hijas y se sentó a desayunar. Echando un vistazo a la mesa se percató, mostrando un mohín de desagrado, de que aún permanecían restos de los cereales desparramados.

Olivia, soplando un mechón de su cabello que, rebelde, pedía la libertad de aquel recogido un tanto desestructurado y que le daba el aspecto de una mujer que llevaba varias horas organizando la rutina de la familia, se acercó a su marido y le dio un suave beso en la mejilla, como si una pluma rozara su rostro. Domenico le dedicó un breve, aunque sonriente, «buenos días», acariciando ligeramente la mano de su mujer posada en el hombro. En ese momento su marido se dio cuenta de que faltaba azúcar para su té y le rogó que se lo trajera. Ella se dio la vuelta dirigiéndose a la cocina. Su rictus se había tensado.

Las niñas, una vez finalizado su desayuno, se lanzaron sobre el padre, y entre abrazos y besos, le desearon un buen día con la alegría e inocencia de la niñez. Domenico las abrazó con cariño mientras procuraba no manchar su traje, pues debía presentar siempre un perfil impoluto como demandaba su cargo como bróker en donde trabajaba: la Banca Popolare di Milano.

—Mamá, ¡llegaremos tarde! —gritó Sofía acercándose a la puerta.

—Voy, tesoro. Me pongo el abrigo y ¡ya!

—Domenico, voy a llevar a las niñas al colegio. Te espero para el almuerzo, ¿sí? —le preguntó Olivia con rostro interrogante.

—No, no me esperes, querida. Quiero ir a visitar a mi madre y revisar sus cuentas y acciones bancarias. Comeré con ella. Luego te llamo y te diré si vengo a cenar o no. Hay mucha movida en el banco estos días y, seguramente, terminaremos tarde; pero yo te aviso.

—Gracias —le contestó ella con una sonrisa forzada—. Que tengas un buen día.

Ya en el ascensor, mientras las niñas se mostraban los cromos repetidos de *Barbie*, Olivia se dio la vuelta hacia el espejo que ornaba el elevador. Una imperceptible lágrima asomó en sus ojos.

Salieron a la calle, las pequeñas iban saltando y riendo hasta llegar al coche de su madre. Esta, unos pasos atrás, ya se había percatado del desmán, pues le habían roto el espejo retrovisor. Es el peaje que hay que pagar cuando se deja el coche aparcado en la calle. Miró en los limpiaparabrisas esperando encontrar una nota del causante del destrozo. Nada. Las niñas habían dejado de saltar y esperaban serias a que su madre abriera la puerta del vehículo. A pesar del contratiempo, Olivia sabía que las niñas la estaban mirando y debía cambiar su incipiente malhumor. Ya en el automóvil y, antes de encender el motor, introdujo una cinta de casete que les encantaba a las tres. Y así, pusieron rumbo al colegio, entre desafinados cantos.

Como si fuera una gran capa de amor, Olivia envolvió en un cálido abrazo a sus hijas en la puerta del colegio. Eran su amor, su vida y su ilusión. Dejarlas, apartarse de ellas por unas horas, la hacía sentir siempre tremendamente triste. Ella recordaba al mismo tiempo sus imparables lloros de pequeña, cuando su madre la dejaba en el colegio.

Sofía se dirigió corriendo a su grupo de amigas que ya la esperaban impacientes. Cristina avanzó unos pasos en dirección al grupo de su clase, pero al poco se detuvo y, volviéndose, le lanzó

un beso a su madre que aguardaba, mirándolas embelesada, tras la verja de hierro del colegio. La pequeñita de la casa, su pequeño amor.

De vuelta al coche se le iban escapando, ya sin vergüenza alguna, las lágrimas. Ninguna madre lloraba y eso la hacía sentir excesivamente sensible frente a una sociedad que se redefinía basándose en el dinero y en lo material. El sentimiento y la ternura parecían estar pasados de moda y con aquel mundo tenía que lidiar.

Recostándose en el reposacabezas de su asiento, cerró los ojos y recordó lo que había sido su vida hasta aquel momento. Lo mucho que habían luchado sus padres por educar a su hermana mayor y a ella llevándolas a uno de los mejores colegios de Milán. En los años cincuenta habían sido una familia muy sencilla, pero el tesón, esfuerzo y carisma de su padre supo y pudo elevarla a un estadio económico superior, pudiéndose permitir una vida cómoda, aunque la austeridad paterna siempre hizo gala en aquella familia, los Roy.

Recordó la terrible época de sus estudios, fracasando siempre en matemáticas, pero adorando el latín y el griego. La barrera infranqueable de aquellas ciencias numéricas y, para más complicación y desastre, algebraicas, rompieron el incipiente sueño de su carrera de periodismo, a la que nunca pudo optar.

Siguió la entrada en el mundo laboral desde muy joven, adolescente aún, teniendo que pedir permiso paterno, siendo su primera experiencia fuera del abrigo del colegio. Empezó a ganar un pequeño sueldo que su padre depositaba mensualmente en el banco. Era para ella, para su futuro.

Su vida social iba ensanchándose. Conoció a sus mejores amigas, que durarían casi toda la vida. Conoció lo que eran las discotecas, el primer amor, el segundo y el tercero. La vida le sonreía.

Poco a poco, aquella adolescente llena de granos, de un cuerpo aún por formar, se convirtió en mujer: una mujer alta, morena, de grandes ojos expresivos, de sonrisa contagiosa y sonoras carcajadas; de amplia boca y jugosos labios. Aunque el éxito siempre la acompañó con el sexo opuesto, no era ella el estilo de mujer de moda de la época. El foco del estilo y belleza tenía su epicentro en figuras femeninas extremadamente delgadas: el estilo Twiggy, icono de moda de los años sesenta y setenta. Olivia tenía curvas, la antítesis de la moda.

A causa de una hecatombe amorosa, huyó a la capital británica con la excusa de aprender inglés y, con los años, resultó ser una de las experiencias más provechosas de su vida. Gracias al dominio del idioma, se le abrieron las puertas de varias empresas y pudo así proyectar un futuro laboral prometedor.

Fue en el verano de 1974 cuando conoció a Domenico Rizzo. Este jugaba al golf en uno de los bellos campos del Valle de Aosta, a los pies del imponente Montblanc. Casualmente, el dios Cupido deambulaba también por esos maravillosos parajes alpinos en busca de alguna presa a quien disparar sus amorosas flechas y encontró al par ideal.

Era el primer día que Olivia se calzaba esos zapatos reglamentarios para pisar el *green*. Se había comprado todo el equipo porque tenía el serio compromiso personal de hacer deporte. El deporte comenzaba a ser un elemento indispensable en la vida de las personas, no sólo por sus particularidades saludables, sino porque era un área económica para explotar, en el amplio sentido de la palabra. Los medios de comunicación y el *marketing* hicieron del deporte una obligación social.

Olivia se estrenó en aquel *green* encontrando una realidad muy diferente a la esperada en un principio: ¡El darle a la bolita y a ver si cae en el hoyo! No pasaría mucho tiempo hasta que,

agotada y deprimida, dejara su palo de golf arrinconado y se sentara en la terraza del hotel a disfrutar de las vistas, del sol y de un aperitivo que se pidió al instante. Allí esperaría a que su hermana Marisa y su marido acabaran el circuito. Absorta, con los ojos cerrados, deleitándose con aquel sol que iba barnizando en tonos dorados su rostro, no se percató de que una voz a su espalda le decía:

—Disculpe, ¿puedo hacerle una sugerencia deportiva?

La inesperada pregunta le hizo dar un respingo y abrir los ojos al instante.

—¿Perdone? —le dijo Olivia tapándose los ojos con la mano, a modo de visera.

—La he visto intentar jugar al golf. Hay que tener paciencia. Aprender este maravilloso deporte es también el arte de controlarla, entre algunas cosas más.

—Tengo poca —apuntó Olivia desviando la mirada al frente.

—Porque no tiene usted a su lado la persona adecuada que le enseñe —siguió Domenico.

Olivia levantó su mirada y lo miró fijamente.

—¿Sabe usted dónde podría revender mi equipo nuevo de golf?

Los dos se miraron a los ojos, intentando no estallar en carcajadas. Las miradas quedaron suspendidas, colgadas en cada pupila. Las flechas llegaban al blanco.

—Soy Domenico Rizzo y me encantaría conocerte —se atrevió él.

Y así comenzaron unas relaciones amorosas, un conocerse el uno al otro. Un clásico noviazgo lleno de buenos momentos, de alegrías, de sorpresas. Se conocieron las familias. La de Domenico provenía de la flor y nata milanesa, y la de Olivia, de una sociedad venida a algo más, es decir, media.

Una boda en la catedral más grande del mundo: el Duomo. Olivia siempre recordaría la mirada de su futura suegra, que ocupaba la primera fila del banco eclesial, mientras ella hacía la entrada del brazo de su padre con los acordes de la *Marcha Nupcial* de Lohengrin<sup>1</sup>. Fue una mirada crítica, exenta de sentimiento amoroso, una mirada de arriba abajo. En aquel momento sintió una primera alerta, si bien rápidamente quedó diluida por la profunda emoción en la entrega de la novia al novio, su futuro marido. A partir de ahí, los recuerdos se suceden a cámara lenta en su mente: el momento en el que ella va deshaciéndose del brazo de su amado padre mientras acaba de subir los últimos peldaños del altar y entrega la mano a su amado, que la espera impaciente. Una eternidad condensada en sólo unos segundos.

¡Qué familia tan peculiar los Rizzo! Olivia recordaría el efecto que le causó el primer día que se presentó con Domenico en casa de su futura familia. Un piso antiguo, monumental, en el mejor barrio de Milán, un tanto venido a menos, pero queriendo mantener, a toda costa, la prestancia y el nivel adquiridos en tiempos pretéritos.

Abrió la puerta una asistente uniformada de negro, con manguitos y cofia almidonada blanca. Un casi imperceptible «¡Ostras!» salió de la boca de Olivia y el consiguiente codazo de Domenico, quien hacía esfuerzos por mantener su expresión lo más seria posible.

Olivia se mostró como una refinada jovencita, haciendo gala de lo que había aprendido en el colegio en el *Manual de la Urbanidad y de la Buena Educación*.

Otro detalle que jamás olvidaría: el momento en el que conoció a sus futuros cuñados, con apellidos de rancio abolengo. Todos hicieron gala de la impostura.

---

<sup>1</sup>Ópera de Wagner, R.

Un timbre a los pies de su futura suegra solicitaba al servicio que acudiera presto a traer las ricas viandas y recoger los restos que, bajo la indicación de la señora de la casa, podían ser consumidos por el servicio, pues los demás ya estaban saciados. Para Olivia todo aquello le resultaba cómico y tristemente impactante.

Domenico había cursado diplomaturas en Economía y Marketing y se había integrado en uno de los mejores bancos italianos por lo que, aparentemente, no había problemas económicos. Poco después, al quedarse embarazada Olivia, decidieron que podía dedicarse a su nuevo estado y a cuidar al bebé cuando naciera. Con el tiempo, Olivia entendería el error en el que había caído: dejar su prometedor vida laboral.

\*\*\*\*\*

Un agente de tráfico repiqueteó con su bolígrafo en la ventana del coche, arrancándola de sus recuerdos y ensimismamiento, y le advirtió que no podía permanecer aparcada en aquella zona de colegios, a riesgo de multarla. Rápidamente, Olivia, con una mano, pidió disculpas al agente, y con la otra, encendió el motor del vehículo poniendo rumbo a la editorial Mondadori.

Ya en el aparcamiento de la empresa, dio un repaso a su maquillaje y peinado y cambió sus mocasines por un fino calzado de tacón alto que odiaba por su incomodidad, pero que le permitía al mismo tiempo elevar también su propia autoestima y confianza, además de su estatura. Aunque adoraba este tipo de zapato, nunca entendió por qué las mujeres aceptaban pasar por ese severo sufrimiento y futuro perjuicio para sus pies, a riesgo de partirse una pierna. Un tacón alto era bello en sí mismo; era como un jarrón, pero sin flores. Reconocía que sin una pierna de mujer que lo dotara de vida era un objeto huérfano.



Aquella mañana, a efectos laborales, resultó ser infructuosa, ya que la familia Mondadori estaba más que cubierta en seguros de todo tipo, como cabría suponer. No obstante, Olivia, aún a sabiendas de ello, trató de ofrecer con destreza y profesionalidad, dominando el discurso, los beneficios que ofrecían los productos que presentaba. A pesar de sus esfuerzos, la propiedad de la editorial declinó su oferta, si bien su transparente y efectiva exposición hizo mella en su interlocutor, el señor Mondadori, y mientras Olivia recogía sus papeles, este le dijo:

—Señora Roy, no voy a comprarle ningún seguro, como bien sabe, pero personas como usted son las que me gusta integrar en mi equipo de ventas. Piénselo y si le interesa esta oferta, por favor, llámeme o vuelva a verme. Ha sido un placer conocerla. —Y con un firme apretón de manos despidió la visita.

Olivia, sin apenas aire en los pulmones, llegó al aparcamiento y rápidamente se metió en su coche. Ahí dentro pudo volver a conectarse consigo misma. Su pequeño automóvil era también su refugio de libertad y privacidad, su rincón. Se quitó los criminales zapatos y volvió a sus mocasines diarios, ya deformados, pero muy cómodos. Volvía a ser ella.

Camino al mercado pensó en la entrevista y la oferta de trabajo que el dueño de la editorial le había ofrecido. Se sentía contenta porque alguien había estimado su valía. Y es que ella, cuando creía en algo que debía exponer, entraba en otra dimensión, se transformaba. Se lo diría a Domenico, aunque estaba casi convencida de que a él no le iba a parecer bien, por lo que prefirió no hacerse ilusiones. Sin embargo, aquel pensamiento pasajero se desvaneció al darse cuenta de que no había logrado su objetivo: vender el seguro de vida y, consecuentemente, no podía esperar su comisión. Se sintió decepcionada por no haberlo conseguido.

\*\*\*\*\*

Domenico bajó rápidamente las amplias escalinatas de casa de su madre en donde había ido a repasarle sus cuentas bancarias y a almorzar, y se dirigió al Galleria, famoso restaurante en las Galleria Vittorio Emanuele. Allí ya estaba esperando Gabriela, su secretaria. Un bellezón de mujer venezolana con un tipazo de obligado giro de cabeza a su paso, tanto de hombres como mujeres.

—Disculpa, Gabi, comer con mi madre es siempre complicado por su rutina y porque nunca tiene prisa para nada y cree que los demás tampoco tenemos —se disculpó dándole un casi imperceptible beso cerca de los labios—. Un *ristretto*, por favor —solicitó a uno de los camareros—. Siento no haber podido venir a comer, espero que te hayas pedido un succulento almuerzo.

Gabriela, con la dulzura propia de su país de origen, aleteó sus espesas y largas pestañas, que bien hubieran podido producir un tornado y, con suave tono, le comentó brevemente en lo que había consistido su sobrio y vegano almuerzo, mientras empezaba a sacar de su enorme bolso Louis Vuitton los expedientes de la reunión que iba a tener lugar aquella tarde.

—He preparado todo, Domenico. He repasado estrategias para nuestros clientes y además he aportado nuevas ideas que te van a gustar. Te comento brevemente...

Y así, él se quedó prendado de la música de sus palabras, su tono, su dulce y armoniosa expresión.

Cuando Gabriela acabó de comentar lo que había preparado para la reunión, esperó las posibles objeciones por parte de su jefe. Este volvió de inmediato de su nirvana, disimulando el fuera de juego en el que se encontraba, detalle que, por otra parte, no pasó desapercibido para su secretaria.

—Me parece perfecto, Gabi. Vamos a ver si estos pájaros caen. Lo celebramos esta noche, si no tienes compromiso —le dijo con los ojos brillantes y una sonrisa burlona.

—No voy a poder, Domenico. Lo siento, ya había quedado para cenar —le dijo con mirada apenada.

Domenico, asumiendo el fracaso de su propuesta, hizo un segundo intento.

—Quedemos después de cenar, tomamos una copa en el Principe di Savoia. — Sabía que era el lugar favorito de Gabriela y que difícilmente se la negaría.

—Me gustaría mucho, de verdad. ¿Te lo podría confirmar más tarde, sobre las nueve y media... o es muy tarde?

—No, claro. Me va bien, sin problema.

Domenico sabía que se quedaría unas dos horas o más esperando la respuesta de la belleza venezolana, aunque pensó que valía la pena.

\*\*\*\*\*

Ya en casa, Olivia empezó con su rutina diaria: plancha, deberes, repaso de lecciones de sus hijas.

Sonó el teléfono y las dos niñas acudieron peleándose a responder la llamada. A lo lejos, la voz de su padre las conminaba a que le escucharan. Al final Sofía se hizo con el auricular.

—Hola, soy Sofía.

—Cariño, soy papi. Dile a mamá que no podré ir a cenar. Tengo un montón de trabajo. ¿Se lo dirás, preciosa?

—Claro que sí, papá. Te echaré mucho en falta. Te quiero.

—Yo también —le contestó su padre y colgó.

El cansancio e incluso el hastío empezaron a hacer mella en Olivia. Le dolió que su marido no preguntara por ella, cuando

hubiera querido contarle su visita a Mondadori y la oferta de trabajo que le habían propuesto. En el fondo pensó que mejor era así, porque estaba convencida de que, si se lo comentaba a Domenico, este, como de costumbre, le echaría por tierra la propuesta aduciendo que a pesar de que siempre se necesitaba más dinero, ella tenía obligaciones prioritarias como ama de casa. Esa forma de pensar de su marido tan orgullosa y machista la enfurecía, así que, de momento, mejor sería olvidar la oferta laboral de aquella mañana. Olivia tenía la capacidad de encontrar siempre una parte positiva ante el desánimo: cenarían las tres juntas, como si de una fiesta de pijamas se tratara.

Después de la cena, no pudo sustraerse al ruego de las niñas para quedarse media hora más despiertas y poder disfrutar del mejor momento del día: estar las tres en el sofá, abrazadas, bajo la suave manta de borreguillo, viendo sus películas preferidas de televisión. Este era siempre el mejor broche para despedir el día. El estar allí, las tres juntas, le devolvió una inmensa paz.

Las pequeñas se habían quedado dormidas, ovilladas junto a su madre. Ella, con sumo cuidado de no despertarlas, las llevó en brazos a sus camas, las tapó con delicadeza, poniendo sus peluches junto a sus caritas, y les dio un último beso de buenas noches.

Se sentó en el sofá y apagó la televisión. Cogió su libro de lectura, que apenas podía leer de un tirón, bien porque la reclamaban o bien porque se le cerraban los ojos en la segunda hoja. En aquel momento estaba leyendo *Madame Bovary*.

Al rato sonó el teléfono que descolgó rápidamente para que el sonido no despertara a las niñas. Era su íntima amiga Steffi.

—¿Qué haces, guapa?, ¿cómo te va la vida? —preguntó su amiga.

—*Muelta*. Acabo de acostar a las niñas y trato de leer, pero tu llamada me viene como agua de mayo.

Olivia le contó a Steffi cómo le había ido el día. La decepción de la visita a Mondadori, sin mencionarle siquiera la coletilla que tan amablemente el dueño de la editorial le había insinuado. Por último, añadió las cada vez más frecuentes ausencias de su marido por las noches y la poca implicación de este en la casa. Empezó a abrirse, a vomitar, como si estuviera en el diván de la consulta de un psicoanalista, contándole cómo había cambiado su vida desde hacía unos pocos años y la decepción al pensar que también podía haber fracasado en su matrimonio. La lucha por el dinero. Su única felicidad, las niñas. Sentía que todo aquello tenía una difícil solución, era un callejón sin salida.

Steffi escuchó atentamente a su amiga. Ella disfrutaba de su soltería, libertad, dinero y podía ver, desde otra perspectiva, su situación.

—Lo siento, Steffi, sólo estoy hablando de mí, perdona. Y tú, ¿cómo estás?

—Bueno, cariño. Yo estoy bien, con mis líos de pantalones, pero bien. Mucho trabajo, viajes... otro tipo de problemas, cielo. —Y añadió a continuación—. Escúchame una cosa. Me alegra que te hayas desahogado, y te lo agradezco, pero esto merece que nos veamos y lo hablemos detenidamente. No sería bueno que no encontraras una solución a tus problemas. Tratemos de encontrar juntas una buena salida. Algo habrá que hacer para que no vayas acumulando tensión y angustia, porque esto, a medio plazo, tiene sus repercusiones. ¿Estás de acuerdo?

—Claro que sí, Steffi, te lo agradezco infinito —respondió Olivia.

—Mañana, con la agenda delante, te llamo y quedamos para comer. Y si puedes decirle a tu madre que vaya a buscar a las niñas al colegio, mejor.

—Me parece bien. Me llamas mañana, cuando puedas. Un beso, Steffi, ¡gracias!

Se levantó del sofá y apagó las luces del salón.

Domenico se descalzó antes de entrar en su casa, no quería hacer ruido y despertar a las niñas y mucho menos a su mujer. Eran más de las tres de la mañana. Un negocio bien cerrado implica muchas veces atender a los clientes, agasajarlos, sacrificarse en beneficio de la familia. Ese sería su discurso a la hora del desayuno.